

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



- ¡Pasen a ver el fenómeno que tiene siete dedos en cada mano!
—¿Y por qué le llaman “El hombre palmera”?
—Porque tiene muchos dátiles.

Ayuntamiento de Madrid Dib. GARRIDO.—Majadahonda.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia,	856.
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A. Apartado 603. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos
polvos insecticidas

LEYER y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción
de toda clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de marzo

Soluciones recibidas. - Segunda lista

J. Serrano, Murcia.—La cabeza de la suegra.
 Ramón Agulló, Madrid.—Un vaso de noche.
 Luis Prada, La Coruña.—Un ramo de claveles.
 Rufina Orbe, Vitoria.—Dos duros.
 Francisco Moreno, Ceuta.—El corazón.
 J. Palacio, Torrelavega.—Un vaso de noche... con agua de quebrantada.
 Luis C. Mouras, San Sebastián.—Una hermosa col.
 Concepción Pozo, Sevilla.—Un vaso de agua para el susto.
 Celedonio Pérez, Pastrana.—El hígado.
 Armando del Pozo, Barcelona.—El corazón, un ejemplar de BUEN HUMOR y un plumero.
 Antonio Rodríguez, Madrid.—Un anillo.
 Luis Douville, París.—Una falda corta que es la moda.
 Román Adeflor, Tarazona.—Un piruli.
 Florencio Ortiz, Ceuta.—Un trasatlántico.
 José Medina, Granada.—Un ejemplar de BUEN HUMOR.
 Irene Irurita, San Sebastián.—Un loro.
 Félix Palma, San Rafael.—Un candil.
 Ana María Allende, Valmaseda.—Unas setas para una tortilla.
 José María Rosal, Manresa.—Un ejemplar de BUEN HUMOR.
 Marcelino Fernández, Castro-Urdiales.—Un vaso de noche... con agua.
 Ángel Blázquez, Segovia.—Un loro.
 Carmen López, Madrid.—Otro loro.
 Jacinto Cascajares, Estepar.—Una cadena (cuya utilidad puede que no le sea necesaria al remitente!).
 Juan Esperabé, Barcelona.—Espárragos fritos.
 Lorenzo Alos, San Sebastián.—Una boina roja.
 Matilde Sastre, Vigo.—Una combinación de seda.
 Ernesto Castro Díez, Sevilla.—Una caja de fósforos.
 Pascual Ruiz Semprun, Cádiz.—Un hotelito.
 Dionisio Gil Robles, Zaragoza.—Un cadete.
 Manuel Romillo, Madrid.—Un loro sin psicosis.
 Juan Antonio Rodríguez, Daimiel.—Un corazón.
 Genovevo Domínguez, Madrid.—Un pistolón.
 Isabel Pascual, Fuente el Saz.—Un plumero para quitar las telarañas.
 Dolores González, Jerez de la Frontera.—Un biberoncillo.
 Teodoro Vera, Bilbao.—Un corazón atravesado.
 Moisés Rodríguez, Daimiel.—Un ramo de azahar.
 Tomás Díaz, Reinoso.—Un ejemplar de BUEN HUMOR.
 P. Laguna, Barcelona.—Una alcachofa.
 Ángel Piedra, Limpías.—Un plumero.
 Anita Segura, Chamberí (Madrid).—Un bandoneón.
 Baltasar López, Melilla.—Una rosa.
 Simeón Meana, Badalona.—Un collar.
 Luis Peñamaría, Teruel.—Una jeringa.
 Conchita del Pozo, Barcelona.—Un ramo de flores.
 Adelaida Díaz, Villa Sanjurjo.—Un lorito.
 Antonio Salvo, Llanes.—Una locomotora.
 Antonio Zalbo, Pamplona.—Una flor.

Teobaldo Turón, Tetuán de las Victorias.—La capa que le quitaron a la Cibeles el año pasado.
 Pablo Cubells, Puerto de Santa María.—Un pasodoble (música y letra).
 Pablo Argüello, Huesca.—Otro día lo diré; pero creo será una alcuza.
 Justo Gómez, Leganés.—Una rosquilla de las que vende la Tía Javiera, la de Fuenlabrada.
 Raimundo Lasala, Zaragoza.—Una cajita con media docena de trajes de baño, maillots ¡¡dernier cri... de los que los vean puestos!!
 Tomás del Valle, Oviedo.—Media docena de culots de seda reforzada, de los que vende la casa de Simeón García.
 Arturo Leiva, Huesca.—Un cordero asado de Sepúlveda.
 Marcelo Bonet, Lérida.—Un poco de rapé.
 José Goñi, Jaén.—Unos zapatos de ante para que estrene el domingo de Ramos.
 Pancracio Gracia, Castellón.—Un delantal y un paño de cocina.
 Joaquín Cardiel, Huelva.—El nombramiento de auxiliar de hacienda.
 Juan del Pozo, Mahón.—Su libertad condicional.
 Antón Escobar, Cáceres.—Una concertina.
 Barajuicio Luengo, Pamplona.—Unas zapatillas.
 Nieves Gadea, Barcelona.—La pulsera de pedida.
 César Rodríguez, Valencia.—La revista BUEN HUMOR.
 José Pons Rodríguez, Madrid.—Un hotel en las Ventas.
 Antonio Sisaci, Cádiz.—Una estilográfica.
 Marino Asiain, Orolbia.—Una carta de declaración.
 Ramón Blasco, Valencia.—Una declaración amorosa.
 Ibis, El Escorial.—La barca del pescador...
 Paulett Berenger, Barcelona.—Un vaso de noche, con asa.
 Severiano Martínez, Alhucemas.—Un billete de 50 pesetas.
 M. Palau, Barcelona.—Un manojo de rabanos.
 Jorge Estraus, Barcelona.—Una morcilla.
 Manuel Marqués, Barcelona.—Un estuche que contiene un ratón.
 Pilar Fondevila, Zaragoza.—Un vaso de noche.
 Ovidio Corrochano, Talavera.—Un ratoncito.
 M. P. Sarde, Barcelona.—Una pomada para el cutis.
 Josefa Niqui, Barcelona.—Un corazón.
 J. S., Barcelona.—Una pistola.
 J. de A., Vigo.—Un estuche con un collar de perlas.
 Magdalena Oliva, Madrid.—Una calabaza.
 Felipa Nieto, Madrid.—Un ramo de flores marchitas.
 R. G., Madrid.—Un cepillo de dientes.
 Josefa Gomila, Ciudadela.—Un cigarro egipcio.
 Antonia Ranis, Alayor.—Una pipa.
 Onésimo Calzada, Palencia.—Un artículo de Eugenio d'Ors.
 Eulogio Alcaraz, Palencia.—Una pantorrilla de Reinoso.
 Arturo García, Haro.—Un bote de pimientos.
 Faustino Fuentes, Medina.—La factura de haberte comprado un auto.
 Telesforo Miralles, Olmedo.—Un saco de 100 kilos de harina.



Juan Bautista Oche.—Barcelona.



Pedro Soria.—Madrid.

VARON DANDY

ALBERTO Pulcras de pedida
7, CARRETAS, 7

'CAFE VIENA'

LUISA FERNANDA, 21
Esquina a Mendizabal.
Espléndidos salones y lujosos
servicios para bodas y banquetes.
Conciertos tarde y noche.
ORQUESTA MAGIN

**TODO EL
MUNDO
SE AFEITA
CON**



**LA
CREMA
DE
AFEITAR**

VARON DANDY

RÁPIDA-CÓMODA-HIGIÉNICA

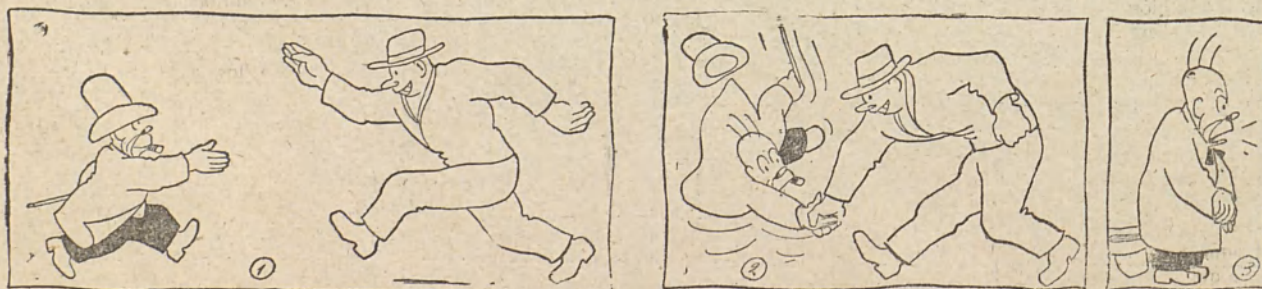
CANA



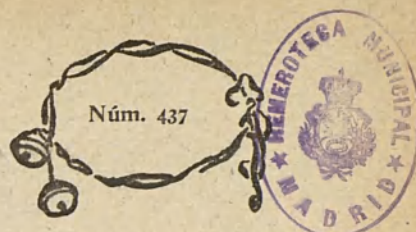
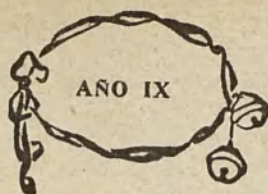
Invento Maravilloso

para volver los cabellos blan-
cos á su color primitivo á los
quince días de darse una lo-
ción diaria. Su acción es de-
bida al oxígeno del aire. No
mancha ni la piel ni la ropa.
Se aplica con la mano como
una loción cualquiera. La cas-
pa desaparece rápidamente.
Cuidado con las imitaciones
De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



El saludo del hombre fuerte.



LA VIDA ES UN ASCO

Las estúpidas manías de la Humanidad

No quiero faltar a la Humanidad; me molestaría mucho faltarla; pero la Humanidad es tonta.

Y si no es tonta, la falta poco. Y, al decir esto, un servidor la falta poco, o, mejor dicho, no la falta nada. Y como no quería faltarla, y no la he faltado, continúo impávido mi discurso, y ustedes perdonen las muchas faltas con que comienza este artículo, ya que sólo Dios sabe con las que acabará.

He dicho que la Humanidad era tonta; pero como a mí con las cosas que digo me pasa lo que con las natillas, que me gusta probarlas, voy a probar por qué es tonta la Humanidad. Pero vaya por delante una súplica: que aquellos de mis lectores que pertenezcan a la Humanidad no se ofendan. Yo creo (aunque no estoy muy seguro) que pertenezco a ella; y al llamarme tonto con impetu suicida, no me ofendo conmigo mismo, sino que tengo el orgullo de proclamarme el único definitivo tonto de todos, el más tonto entre tanto tonto, y ¡tente, tinta, que vamos mal por este camino!

Registrar todas las tonterías que comete la Humanidad no es cosa de un artículo ligero y liviano, sino de una enciclopedia bastante espesa y algo Espasa. Por ser poco trascendentales, omito muchas, como el matrimonio, la afición a la ocarina, la adquisición pertinaz de cajetillas de a cincuenta, el tomar el Metro cuando se tiene prisa, el comer gambas cuando se tiene hambre, el ir a Vallecas con traje de alpinista y el pesarse en las básculas Toledo y creer en los kilos que marcan, cuando a mí me consta que Santo Tomás se pesaría y no lo creería aunque lo viese, a pesar de que dijo que con ver una cosa le bastaba para conformarse y no ha-

cer más averiguaciones, si bien él se refería a las verdades de peso, y las de las básculas susodichas no son de peso, aunque es de lo único que debían ser.

El objeto de este artículo, y ya es hora de que lo sepan ustedes, es tratar de determinadas tonterías que a mí me han parecido las más agudas y las que más calamidades pueden producir entre sus cultivadores; y son éstas la filatelia, el espiritismo, la manía de dar la vuelta al mundo a pie y sin dinero, la afición a las *antiquités* (y lo decimos en francés porque es como se dice en España), y, sobre todas ellas, la locura de coleccionar autógrafos. Estas cinco especialidades, después de todo, no son más que distintas formas de una sola ton-

tería: la tontería coleccionista. El filatélico colecciona sellos; el espiritista colecciona almas errantes; el aficionado a las antigüedades (y lo diremos ahora en castellano para dar cierta variedad a la prosa) reúne muebles, alhajas, ropas y efectos en estado de birria y de empolvamiento indecoroso; el que da la vuelta al mundo a pie y sin dinero reúne pasaportes, fotografías, impresiones de viaje, facturas de hotel, perras gordas de todos los climas y de todas las acuñaciones y, más que nada, callos y ojos de gallo; y, finalmente, el buscador de autógrafos cifra su ventura en descubrir y poseer los escritos más valiosos y raros de los genios que en el mundo han dejado brillante huella de su paso, desde Chateaubriand a Wagner, desde Juana de Arco a Diego Corrientes, desde Herodes a Pilatos, sin olvidar a Landrú, cuyo genio no podemos negar si nos fijamos en el número de pobrecitas señoras a las que hizo cisco de retama, sin que las infelices le dieran motivo para tanto.

No necesitaré insistir en la compasión que yo tengo a los filatélicos, a los espiritistas, a los antiquistas o antiquitistas, a los andarines y a los coleccionadores de autógrafos. Medidos por el mismo rasero, me parecen todos unos hijos de mi bondadoso tío, y no encuentro forma más versallesca de llamarles primos de mi corazón. Yo conocí a un filatélico que no era feliz, aunque poseía doce mil sellos de Europa, siete mil de Asia, un millar de Africa, el sello de la primera oficina de Correos de Cañería del Sur, y un sello de los que compraba Confucio para la correspondencia por el interior; y no era feliz porque no encontraba en ninguna parte un sello de distinción del que había oído hablar mucho. Pues bien: este filatélico llegó a padecer, por efecto de su preocupación, unas neuralgias tan estrepitosas, que acabó coleccion-



Dib. SILENO.—Madrid.

nando sellos *Yer* en mucho mayor número que los otros... De los espiritistas, no digamos; los hay verdaderamente fieras, que quieren hablar con Nerón, con Boabdil, con Atila, con Otelo, con la Pompadour, con el *Tato*, con el general Castaños, con Gaiarre y con las niñas desaparecidas. Estos almas mías se figuran que todas las almas son suyas y que los distinguidos

espectros no tienen otra cosa que hacer más que pasarse las noches contestando a tonterías que no tienen importancia... Y si nos fijamos en los apasionados por las antigüedades, la consecuencia es todavía más desconsoladora. Dar diez mil pesetas por una corona de Chindasvinto o doce mil duros por un sillón del Príncipe de Bamberg, es un absurdo punible y oneroso en estos tiempos

en que una corona de Austria vale quince céntimos y una butaca de la Princesa cuesta tres pesetas, y dándole a uno encima unas comedias preciosas y morales.

Muchas y merecidas cosas fuertes y feas podríamos decir también del *globe-trotter*. Siempre hemos estimado intolerable la manía de dar vueltas al mundo a pie y sin dinero (entre paréntesis: no acertamos cómo sin dinero se puede dar una vuelta). El mundo no merece esa atención. El mundo está cada vez más insuñible, y no hay que darle vueltas. Yo de mí sé decir que a pie y sin dinero ando dándole vueltas a Madrid hace cuarenta años y estoy harto, por lo cual no me explico cómo hay quien puede dárseles al mundo completo, y encima se sonríe.

Pero, ¡ah, señores!, donde culmina nuestra indignación, en lo que se encabrita nuestra intransigencia, es ante el empeño en coleccionar autógrafos. El odio criminal que sentimos hacia el autógrafo es el que ha movido nuestra pluma para confeccionar esta monserga. Además, un autógrafo es el que nos ha producido el desencanto mayor de nuestra inútil existencia.

Supongo que ninguno de mis civilizados y enormemente cultos lectores ignorará lo que científicamente es un autógrafo. Según la etimología de la palabra (procedente de un saldo de las voces griegas *autós*, que quiere decir *uno mismo*, y *graphein*, que quiere y casi no puede decir *escribir*), y según el Diccionario de la Lengua, se llama autógrafo a cualquier escrito de mano del mismo autor. Esto, claro es, no hay que tomarlo al pie de la letra, porque, si se tomase, resultaría que eran autógrafos la factura del sastre, la cuenta de la lavandera y el pedido de la tienda de comestibles. Ahora bien: si la lavandera se convierte en artista de la pantalla, y de artista de la pantalla pasa a ser protegida del Presidente de la República de los Soviets y se corre la noticia por Europa, entonces sí... La cuenta que empezaba diciendo: *calzoncillos, tres; camisetitas, cuatro*, pasa a ser un autógrafo. ¿Que por qué? ¡Pues porque la lavandera ha pasado a ser una figura célebre! ¡Es una estupidez; pero hay que bajar la cabeza y aguantarse!

Con todo esto, yo hubiera seguido concediendo a los autógrafos la importancia que les concede toda la Humanidad si no fuese, como he dicho antes, por el disgusto que me proporcionó uno de ellos.

Hagamos historia, y ustedes perdonen...

Yo tenía un amigo fraternal, Rodolfo Macharnudo, que poseía un autógrafo de Emilio Castelar... Así, como sueña...

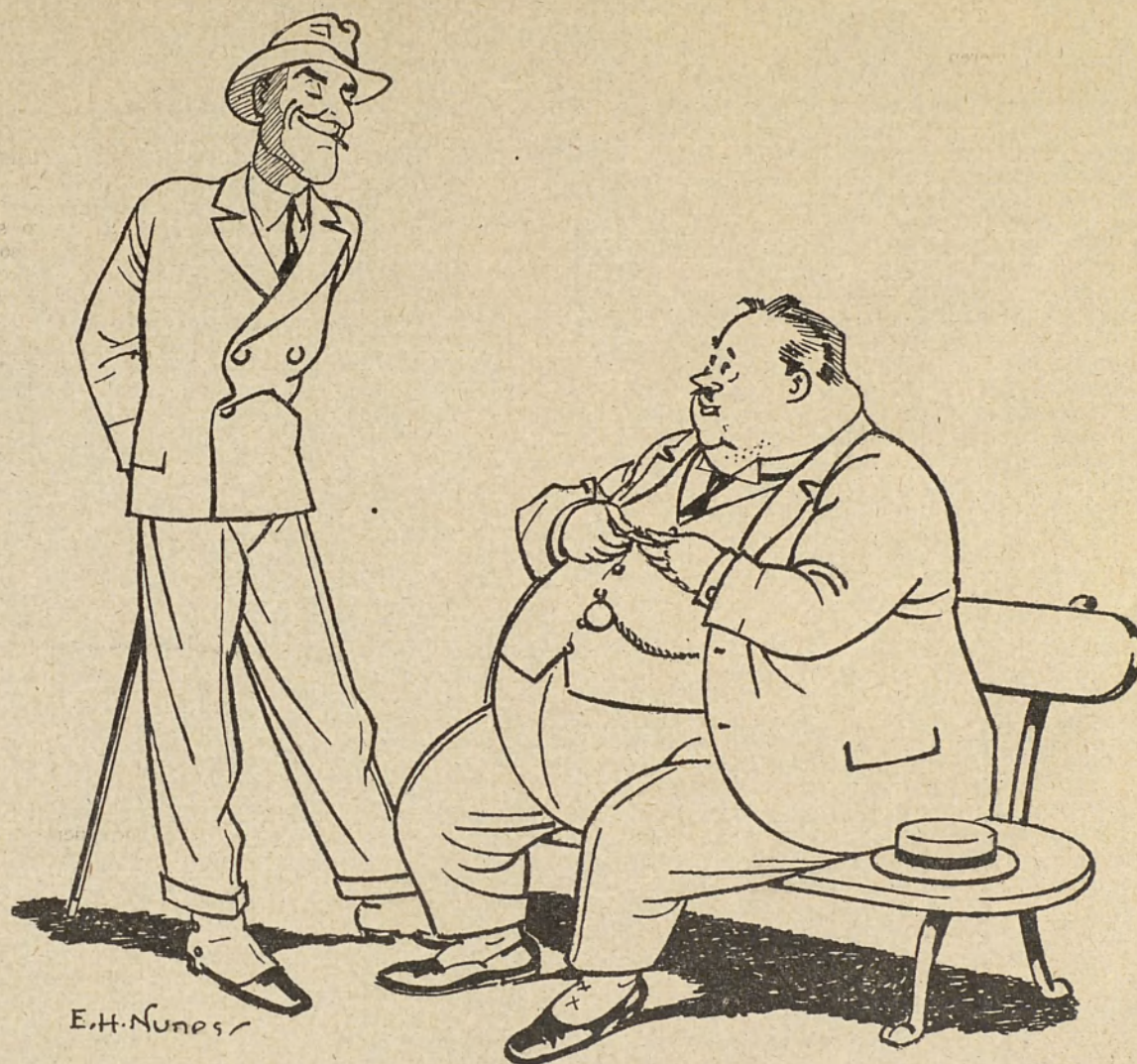
Como ustedes conocerán de sobra al difunto don Emilio, excuso hablar de él; pero como creo que no sabrán ni pala-



—Papá me ofreció mil pesetas si no me dejaba besar de un hombre hasta cumplir los veintidós años.

—¿Y qué hubieras hecho con el dinero?

Dib. BOSCH.—Barcelona.



—¿No fumabas antes pitillos hechos? ¿Cómo te los haces ahora?
—Porque me ha dicho el médico que haga un poco de ejercicio.

Dib. NUNES.—Lisboa.

bra de Rodolfo Macharnudo, es preciso que yo diga algo sobre Rodolfo.

Rodolfo era un joven poeta de sesenta y un años, y estaba enfermo. Y si yo dijese que era un poeta malo, lo diría todo de una vez: que Rodolfo era poeta, que estaba enfermo y que hacía unos versos como para que le matasen, ahorrándole trabajos a la enfermedad.

Pero Rodolfo iba al Ateneo y tenía un autógrafo de don Emilio Castelar.

Esto me ponía a mí amarillo de envidia, a pesar de la amistad que profesaba a Macharnudo, y Rodolfo se dio cuenta.

Un día me dijo:

—¡Si yo muero antes que tú, el autógrafo de don Emilio pasará a tu poder!
¡Quedas desde ahora nombrado herede-

ro de esa joya, elaborada por el cerebro más excelso de la Península!...

Vibré de felicidad... Pero al mismo tiempo me punzó una duda...

—¿Es un autógrafo legítimo? ¿No será una fantasía tuya? ¡No juegues con mi esperanza!

—¡La propia mano de don Emilio ha estampado en el papel que yo poseo uno de sus pensamientos más enérgicos y rotundos!—dijo.

—¡Basta!—dije yo.

Y esperé la muerte de Rodolfo...

Pude envenenarle; pensé matarle de un susto, porque era cardíaco y bastante gallina; pero esperé...

Y Rodolfo, como no tenía más remedio que hacerlo, se murió totalmente un día... ¡Para qué voy a mentir: me ale-

gré de un modo bárbaro y desconsiderado!...

Y a la mañana siguiente pude ver en mis manos el autógrafo anhelado... Lo empecé a leer, temblando, en unas ansias feroces de empaparme de bellezas literarias...

Decía así el enérgico pensamiento del glorioso y tribunicio orador:

"Muy señor mío: Mis numerosas ocupaciones me impiden recibirle, como sería mi deseo. Doy orden a la criada de que le entregue diez pesetas, que solicita en su carta. Suyo afectísimo, *Emilio Castelar*."

Todavía no se me ha cerrado la boca del estupor, y hace ya catorce años de esta horrible catástrofe.

ERNESTO POLO

El hombre a quien le robaron cinco duros

Sucedió la otra mañana. Delante de nosotros. Ibamos en la plataforma de un tranvía, ese sitio encantador donde la humanidad se compenetra como en ninguna otra parte. Eramos cuarenta o cincuenta. En el estribo un bonito juego icario en donde siete individuos se sostenían en él con un pie solo, a fin de caber los siete, llevando la otra pierna graciosamente al aire, y yendo rodeados por otros diez, que se arracimaban en alardes de equilibrio: el uno, en la barandilla; el otro, sosteniendo el dedo gordo, puramente el dedo gordo, en un pernio que sobresalía; los otros colgados de las americanas de los otros, y en los hombros de los demás, rematando el bonito conjunto unos soldados de cuota y dos de aviación.

Iba el cobrador reclamando, por tan movido espectáculo, la módica cantidad de 0,15, cuando una voz exclamó:

—¡Cobrador! Me han robado cinco duros y ha sido uno de estos dos...

Movimiento de estupor. No porque el hecho del robo sea para que nadie se asombre—estamos oyendo a diario de casos parecidos—, sino porque piensa cada cual con emoción: "Hombre, bien; ya está aquí el suceso; ya voy a ser testigo presencial de uno de estos casos"... ¡Ahí es nada, poder decir, después, en la oficina: "Eso que dice el periódico lo presencié yo... No fué así... Fué así..."

Un acontecimiento de esos puede llenar la existencia. En el café, en las tertulias, en los discursos, en las asambleas, en el ferrocarril, en todas partes, podrá el hombre que haya tenido la suerte de pasar a la categoría de "testigo presencial" exhumar el acontecimiento y decir: "Yo mismo presencié, en una ocasión..."

Hay algunos afortunados que presenciaban un crimen, que, por lo menos, viven en la casa donde apareció degollada aquella joven del crimen misterioso, y hay algunos, los privilegiados excepcionales de la vida, que han presenciado el estallido de una bomba, el choque de dos trenes, la explosión de una fábrica de gas, el incendio del Congreso... Estas criaturas humanas no son ya criaturas como todas; pasan a ser de una clase que mueve el asombro y la envidia de las demás personas del planeta: la clase de "los que estaban allí".

El caso de esta vez era modesto, pero de todas maneras siempre alegría que a uno le toque en suerte aunque sea un premio pequeño.

El señor de los cinco duros corroboró, pues, en medio del silencio de sorpresa de los primeros momentos:

—Llevaba aquí, en el bolsillo, un billete de cinco duros y me lo han quitado; son estos dos señores los que han subido conmigo; pues uno de ellos lo tiene, y vamos a ir ahora mismo a la Comisaría

los tres juntos... A ver, cobrador, déntelos usted...

No había manera fácil de detener a los dos sin detener a los ciento que viajábamos en aquel momento y en aquel tranvía. Guardias no iba ninguno; en aquel Arca de Noé era la de guardias la única pareja que faltaba. Para detener a los señores había que parar y esperar a que pudiera venir alguien que se llevara a los señores por las malas, porque por las buenas no querían. Aquello era absurdo; no íbamos a quedarnos todos detenidos hasta Dios supiera cuándo. Era la hora de comer y la olla express pitaba en la ilusión de cada estómago...

—Pero, ¡oiga!... Pero, ¡oiga!... ¿Que vamos ahora a pararnos?... ¡Amos, ande!

Protestaron unos cuantos...

Daba igual seguir andando hasta que encontrásemos un guardia.

—Es que yo vivo aquí cerca—decía el de los duros—y no me voy a ir hasta allá arriba.

—Pues no vamos los demás a no llegar a casa por eso...

—Pues no me voy a quedar yo sin los cinco duros.

—Bueno... ¡alante, cobrador.

—A ver si se habrá creído...

—Pa una vez que ha tenido cinco duros no se pone poco tonto...

—A ver si lo ha soñado...

El tranvía, por supuesto, seguía marchando rápido. A cada parada había un altercado entre la víctima y los reos:

—Ustedes no se bajan... Ustedes vienen conmigo.

—¿Yo con usted? ¡Vamos, hombre!...

—Toma, no...

—¡Pero a mí qué me cuenta con sus duros!...

—A usted o a este señor... Uno de los dos ha sido...

Los dos protestaban, claro. Pero, sobre todo, uno de ellos. El otro, casi nada. Iban los dos bien vestidos: el uno con tipo de persona y el otro con tipo de pollo bien. Este era el que más protestaba. Con esa pinta de ciertos "cañón" de ahora, de chulos deportivos—americana ceñida a las caderas, flexible sobre la oreja—, ratimagueaba con el otro, soltándole timos de guapo y desplantes de pendenciero.

Iba en el estribo, y al arrancar el tranvía, después de una parada, se bajó, quedándose allí en la calle haciendo señas al otro de que bajara si quería...

Ponemos la cabeza a que era aquél—si había sido alguno de los dos—el que se llevaba el billete. Pero el ex dueño del mismo se encontró con un conflicto: si bajaba tras de aquél tenía que bajarse en plena marcha y, además, dejar a éste. Optó por seguir con éste.



—¡Querida, estoy completamente arruinado!

—¡Entonces resulta que me he casado contigo por amor!

Dib. FÉLIX.—Madrid.

La cosa ya estaba clara. Los cinco duros ya tenía que contarlos con los muertos o, para más propiedad, con los vivos; pero el hombre era un hombre de energías y necesitaba a todo trance un guardia, cuatro guardias, siete guardias, una Comisaría, un Tribunal, una matrona en camisa con una venda en los ojos y con una balanza en la mano.

La plataforma entera estaba, a todas estas, deseando arremeter contra la víctima de la sustracción... ¡Era un pelmazo!... ¿Por qué había de dudar de aquellos pobres señores?... Y no que les acusaba y quería registrarlos y quería movilizar a no sé cuántos, y quería entorpecer la marcha del vehículo, y perturbar las costumbres, y hasta—a lo mejor, a lo mejor—levantar falsos testimonios.

—Todo porque tenía cinco duros.

—Cinco cochinos duros.

—Sevillanos, a lo mejor...

—Si a mano viene...

—Y a lo mejor los ha dejado en casa...

—O se le han caído.

—O no los ha tenido... No tiene pinta ése de haber visto cinco duros en su vida.

—Qué va a tener... ¡Va a tener!...

—También es ocurrencia llevar así un billetito en el bolsillo...

Nosotros estábamos ya temblando de que el guardia apareciera, porque, de haber aparecido, hubiéramos visto en el acto que todos mandaban detener al ex dueño de los cinco... La voz pública se hubiera elevado para acusar a aquel hombre de falsario, de perturbador, de insolente y de imprudencia temeraria y uso indebido de billetes...

Afortunadamente para él, no pudimos encontrar en tres kilómetros ni un cuarto kilo de guardia.

Al ex dueño de los cinco le encorajinaba aquello. Y la emprendió, en vista de eso, con un soldado de cuota y un cabo de aviación que iban entre el público:

—Estos señores harán de autoridad, puesto que no encontramos guardias.

La autoridad puso en pared los cuatro pies: dos pies el de aviación y otros dos el de cuota; ellos iban a su obligación y no se metían en nada...

—Pues es claro, señor... A ver si va a querer usted que deje cada uno lo que tiene que hacer y pierda el tiempo.

—El reglamento lo manda: a falta de otra autoridad, hará sus veces la persona que vaya de uniforme.

—Qué va a decir eso el reglamento.

—¿Que no?

—Que no, señor...

Ni el uno ni el otro sabían, a la verdad, qué mandaba el reglamento; pero como los uniformados se negaban a servir de guardias, surgía la necesidad de ir a buscar a un guardia para que obligara a los otros a que el reglamento se cumpliera. Y como el guardia no surgía, ni los otros hacían de ídem, ni pasaba nada.

Lo único que pasó fué que el de los cinco duros comenzó a discutir con el



Ella.—¡Parece mentira! El año pasado tantas contratas y éste ni una sola corrida.

El.—Mujer, ya sabes que en esto de los toros hay mucho "cambio de suerte".

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

otro por si el reglamento decía o no decía y armaron un tiberio que creíamos que llegaban a las manos.

En esto llegó el tranvía al final del recorrido. Al "acusado" le esperaba su chiquilla con una niñera; la cogió en brazos (a la niña) y se fué a su casa con ella. El acusador público gritaba:

—Espérese usted... Espérese... Vamos a buscar un guardia...

Pero la voz de otro viajero le hizo detenerse; era un hombre chiquitito con gabán muy grande, que intervino en la cuestión diciendo:

—Déjele usted... Le va a usted a costar caro...

—¿Costar caro a mí? ¿Por qué?

—Porque se ha ido usted a fijar en una persona decente y las va usted a pagar.

¿Por qué aquel hombre intervenía en la cuestión? ¿Por qué aseguraba tanto que era el otro una persona decente?

¿Por qué si tenía prisa, y antes protestaba mucho porque el tranvía paraba, se paraba él ahora para estarse discutiendo media hora lo que no podía asegurar y

de lo que no sabía una palabra? ¿Por qué no hubo ni uno, entre los cincuenta que hablaron, que dijera al pobre víctima que iba a ser inútil cuanto hiciera, puesto que uno de los acusados no estaba y porque era muy difícil comprobar que el billete que lleva en el bolsillo cualquier persona pudiente ha pasado a ese bolsillo por las malas?...

Nosotros no lo sabemos. Nosotros sabemos tan sólo que allí se quedó el hombre discutiendo con "el aficionado", con el que hubo últimamente de terciar en la discusión; que el tranvía de vuelta se le fué; que la hora de comer se le fué; que el segundo señor acusado se le fué; que el billete se le fué...

Y que nosotros nos fuimos.

Ellos creemos que no; que seguirán todavía, a estas horas, el ex dueño del billete y el hombre del gabán, discutiendo acerca de aquello...

MANUEL ABRIL

Mesa brutalmente revuelta

No hay hombre que, en presencia de unas piernas,
no las lance miradas harto tiernas...
Al mismo Romanones he pillado
mirando (y no lo digo con perfidia)
las piernas de las hembras con agrado,
las de los caballeros con envidia...

Decía Juan Bocanegra
a Casimiro Palomo:
—¡Chico, es tan buena mi suegra
que un día yo me la como!...

La nariz de Sánchez Toca
es una cosa que choca;
y esta mañana en Carretas
chocó con dos camionetas.
Don Joaquín resultó ileso
y los autos hechos yeso;
¡y los *chauffeurs* infelices
la dañaron por narices!...



—Pero, hombre, ¿por qué se dedica usted a pedir limosna?

—Cosas de la vida, señor. Mi padre no se acordó de dejarme una fortuna, y como yo era demasiado orgullosa para trabajar, ¿qué iba a hacer?

Dib. ADALBERTO.—Madrid.

Decía el cesante Felipe Iribarne
mostrando su traje a Matías Porto:
—¡Voy más derrotado que Glück en el Marne!
¡Mi chaqueta deja al público absorto!
¡Y, además, tengo hambre, pues no como carne
desde que Loreto vestía de corto!...

Si tu esposa da a luz en el verano,
cómprala un abanico (el que te *cuadre*),
y así podrás decir bastante ufano
que el niño tiene el aire de la madre.

En el cementerio entré,
buscando mayor espacio,
después de tomar café;
y juro que me asombré
al leer este epitafio:
“En este sepulcro blanco
yace Facundo Sarmiento
que fué cajero de un Banco
y falleció de un asiento...
De su oficio fué cautivo
y lo prueba este hecho cierto:
en caja estuvo de vivo
y sigue en caja de muerto...”

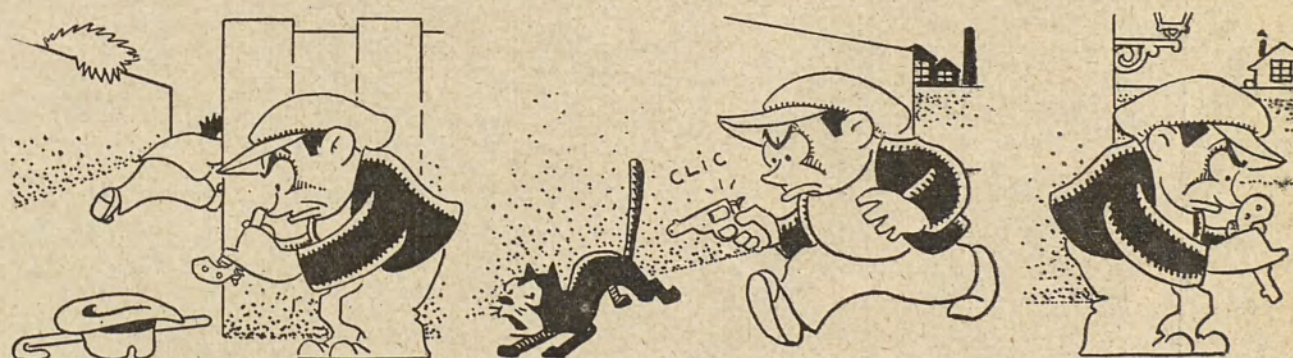
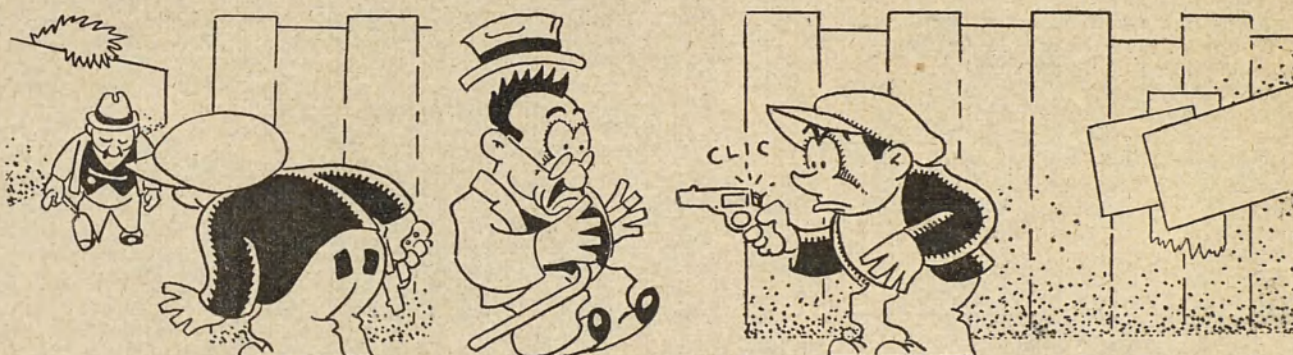
Ayer se casaron el tenor Luis Pí
y la tiple sería Josefina Iniesta,
pero ésta exigió, para dar el sí,
acompañamiento de coros y orquesta

Toribio Pérez, el reo
del crimen de Valmojado,
por su delito, harto feo,
a muerte fué condenado.
Y el periodista Blas Bengua
escribió con candidez:
“Mañana saca la lengua
Toribio la última vez.”

Es tremebunda y atroz la amargura
del zapatero Demetrio La Osa
(un remendón de parroquia segura).
¡Tiene el buen hombre una esposa, preciosa,
que, según él, no *tié* compostura!...

De un tal Gordillo se dice
que es el esqueleto, visto
recientemente en Palencia
en un pozo removido.
Me hago cruces, discuriendo
cómo, ante unos huesos limpios,
ha podido decir alguien
que aquel hombre era *Gordillo*...

NESTOR O. LOPE



Un revólver consciente.

Dib. URDA.—Barcelona.

Luego de los comentarios naturales, con sus trescientos noventa y nueve mil caballos y la última vaca que no pudo colocar, continuó su viaje nuestro hombre. Pensativo andaba sobre tales acontecimientos y perdido había ya de vista la herrería, cuando oyó a sus espaldas el furioso galopar de un corcel. Volvió su cabeza para averiguar quién pudiera ser el que tal prisa llevara, cuando observó, a grupas de su antiguo caballo, al herrero, al de los brazos de acero, que venía a su encuentro.

—¿Qué os sucede, buen hombre? ¿No estais contento con mi obsequio?

Signió a esta lógica pregunta un silencio embarazoso. No sabía, sin duda, el herrero, cómo salir del paso. Luego de rascarse mucho y toser no poco, murmuró:

—Le diré a usted, ilustre señor; cuando usted se fué, quedó mi mujer triste. Hubiera preferido ella la vaca, como más productiva, que le evitara tener que ir todos los días por leche. No obstante, yo preferí el caballo, pero tanto gimio y me suplicó ella que, no sabiendo cómo disculparme, decidí venir para pedirle que me cambiara el caballo

por la vaca. Al fin y al cabo, a usted le será igual.

—Efectivamente; a mí tanto me da una cosa como otra; pero, ¿no quedamos en que era usted el que mandaba en su casa?

—Por supuesto, soy yo; pero mi mujer se empeñó en tener la vaca... y para que no se enfadara..., para evitar cuestiones...

—Sí, hombre, sí, comprendido. Tome usted la vaca y que su mujer no le pegue una paliza por su tardanza. ¡Largo..., valiente!...

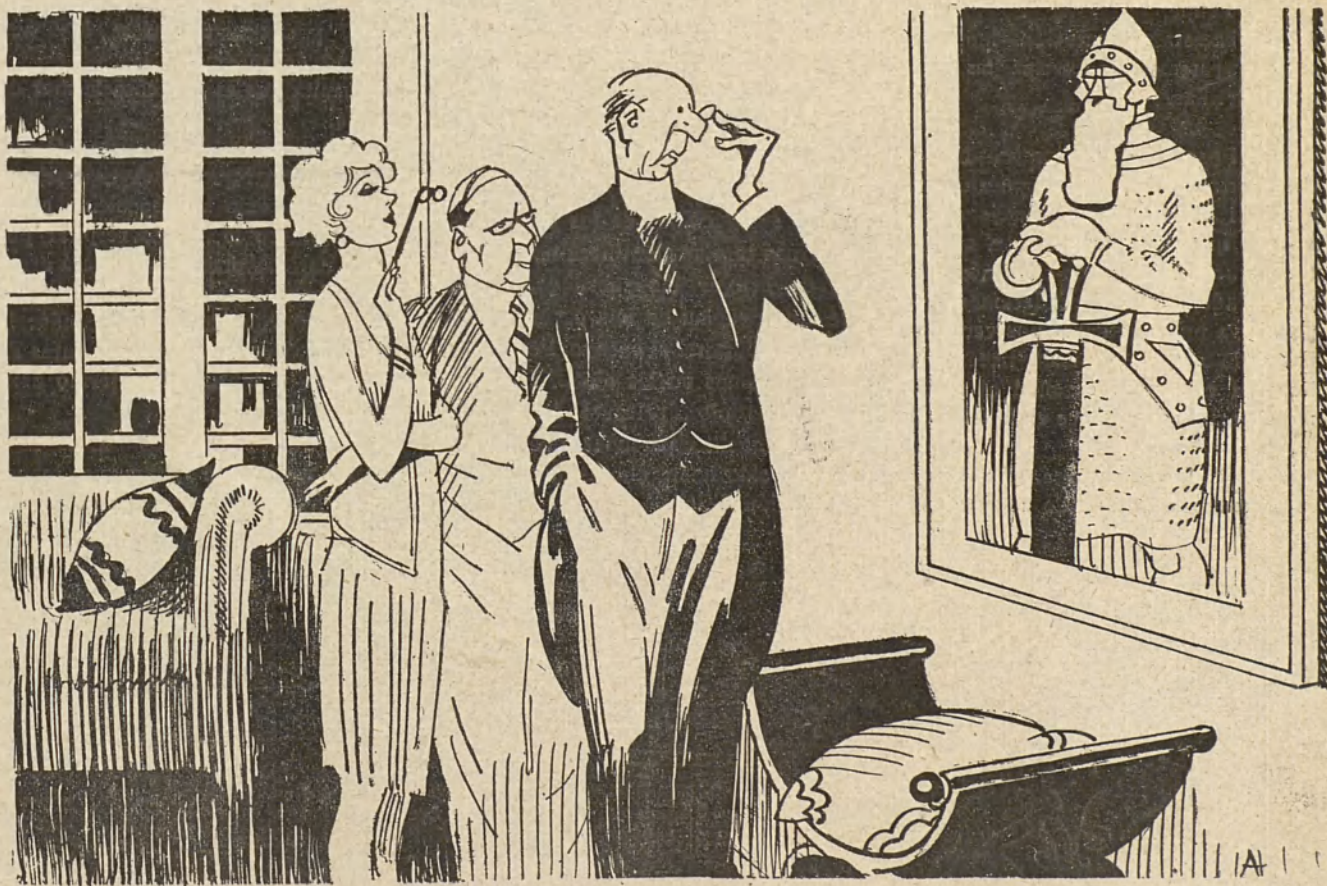
Desapareció el herrero y volvió definitivamente el ministro a su país. Fué recibido con los honores que su hazaña requería, llevado en andas a palacio, vitoreado por todo el pueblo y conducido a la presencia del rey.

—Vuestra majestad puede estar satisfecho de mi trabajo... ¡En el mundo manda la mujer!...

Y es fama que al oír esto, soltó el rey la carcajada, y con voz alegre, como nadie le había hasta entonces oído, exclamó aquel monarca, antaño terror de sus súbditos:

—Ciudadanos; este hombre ha recorrido medio mundo para averiguar lo que está más claro que la luz del sol. Yo le confíe tal misión para tener mayor seguridad de lo que tenía por cierto. En el mundo, en vuestras casas, en vuestros hogares, la que dispone de todo es siempre la mujer. Ahí, es la madre cariñosa; aquí, es la esposa fiel; allá, la adusta señora; más acá, la temida suegra; más allá, la dama solterona. Pero, en todas partes, en las montañas y en los ríos, en los mares y en los golfos, en estepas y desiertos, entre nieves y volcanes, en la Mesopotamia y en la China, en el Perú y en el Congo, en la redondez toda de la tierra, la que manda es la mujer. ¿Y queréis una prueba mejor que la de mi primer ministro? ¿La queréis? Pues... tenedla... Y descorriendo de súbito una larga cortina de damasco mostró al admirado pueblo una princesita de cabellos de oro, de boca fresca, de ojos azules, como aquella descrita por la pluma juguetona de Rubén Darío.

ANTONIO PEREZ OLAGUER FELIU



EL SEÑOR GALANTE.—¿Este es el retrato que ha pintado usted, Ninita?

LA NIÑA PERA MADURA.—Sí, es éste.

EL SEÑOR GALANTE.—Pues le felicito efusivamente, porque para recordar el parecido con tanta exactitud se necesita tener una memoria excepcional.

Dib. AREUGER.—Madrid.

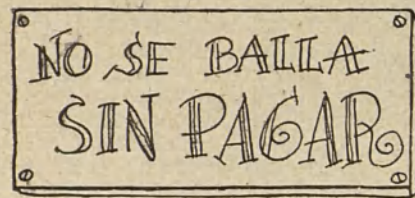


Figura 1.

Seguimos hoy, aprovechando la feliz circunstancia de que ya no llueve, publicando nuestras famosas "páginas extraordinarias", tan del agrado de los lectores (de los lectores de Víctor Hugo, especialmente), y en esta semana ofrecemos unas interesantes notas sobre Medicina moderna que nos envía el doctor Felipe Derblay, de Lyon.

La fama de Lyon, como todo el mundo sabe, obedece por igual a sus conocidas sederías y a ser la patria de don Felipe.

Y hecha esta presentación—indispensable—, pasemos a insertar las citadas cuartillas.

Cartel para casos extremos.—En los casos extremos, cuando después de minuciosos exámenes no logréis averiguar lo que tiene un paciente, cuando todos vuestros recursos científicos hayan fallado, cuando verdaderamente no podáis ya más que daros por vencidos, haced lo que sólo puede hacerse al llegar a ese caso: enseñad al enfermo el cartel que aparece en la figura 1.

Casos de locura pacífica.—En la figura 2 tengo el gusto de mostrar un

remedio eficazísimo para los casos de locura pacífica.

¡La locura! ¡Cuánto se ha escrito y disertado sobre la locura desde Lombroso hasta Calvo Sotelo! Sin embargo, nos hallamos igual que el primer día, aunque bastante más calvos y dispépticos.

Sólo en los casos de locura pacífica han podido lograrse algunos éxitos y se han llevado a término ciertas curaciones.

Nuestro procedimiento curativo—como se habrá visto ya—se reduce a llevar en el bolsillo varios tornillos.

Y al toparse con un enfermo al que le falte un tornillo, se saca uno, se le pone, y ya está.

Para sacar chinias de los ojos.—Las modernas teorías científicas no se han de arrojar luz sobre problemas que antes yacían en una oscuridad de escenario durante el ensayo. Por ejemplo: las chinias en los ojos... Las chinias en los ojos, percance frecuentísimo en aquellas personas que tienen ojos, ha sido hasta ahora un conflicto de solución difícil.

POR EL DR. FELIPE DERBLAY, DE LYON

Cartel para casos extremos.—Casos de locura pacífica.—Para sacar chinias de los ojos.—Nuevo modelo de agujas para inyecciones.—Recetas de enfermos graves.—Contra las inflamaciones.—Respiración artificial.—Defensas del organismo.

"¿Cómo sacar las chinias de los ojos?", se decía ya Hipócrates en su tiempo, y siguen diciéndose hoy aún multitud de médicos.

Y resulta que es una cosa la mar de sencilla.

Constrúyase un frasco como el que aparece en la figura 3. Aplíquesele al paciente, y como la disposición especial del frasco le impide respirar por boca y narices, pronto se le verá arrojar lágrimas en abundancia.

Y no hay que hacer nada más: la china saldrá con las lágrimas antes de dos horas, o morirá el enfermo asfixiado.

Nuevo modelo de agujas para inyecciones.—Finalmente—y para cerrar con

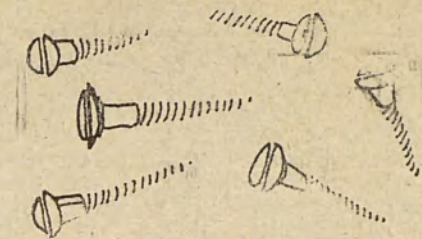


Figura 2.

de todas. Nos referimos a los enfermos graves.

Ante estos enfermos, el médico se rasca siempre, pensativo, sin saber qué declarar ni qué recetar.

Para tal caso aconsejamos nuestras recetas en camelo (fig. 5). El farmacéutico, que no entenderá nada de lo escrito en la receta, servirá agua al cliente.

Y los enfermos graves, tratados así, sanan en un 99 por 100.

Contra las inflamaciones.—También es excelente y se halla comprobado por una larga práctica el sistema que aquí voy a regalaros para reducir toda clase de bultos e inflamaciones. Procuraos un mazo (fig. 6), que en su extremo lleve un cartoncito con una oración escrita.

Y armados del mazo, descargad brutales golpes sobre la parte inflamada hasta que la veáis reducida.

El cartón con la oración no tiene otro objeto que el de rogar a Dios mientras dais con el mazo.

Respiración artificial.—Para la respiración artificial, que tanto hay que

practicar cuando abundan los enfermos que se niegan a respirar terminantemente, no recomendaremos nunca ni la gimnasia ni los balones de oxígeno, porque tanto la gimnasia como los balones son cosas de chicos.

Recomendamos nuestro aparato patentado (fig. 7), llamado soplillo.

Agítese el aparato ante la nariz y la boca del enfermo, y acabará respirando. Ya lo verán los colegas.

Defensas del organismo.—A despecho de cuanto se idee e investigue en Medicina, el organismo tiene defensas naturales.

Parece como si la Naturaleza, dando nuevas pruebas de su sabiduría, quisiera prescindir de toda ayuda humana en la resolución de sus problemas.

Nadie niega ya que el organismo tenga sus defensas. Lo que no se ha hecho hasta ahora es presentársela al público profano.

Véanse dos de estas defensas del organismo (fig. 8).

Ea, y ya seguiremos otro día, ¿eh? Salud, caballeros.

Doctor FELIPE DERBLAY

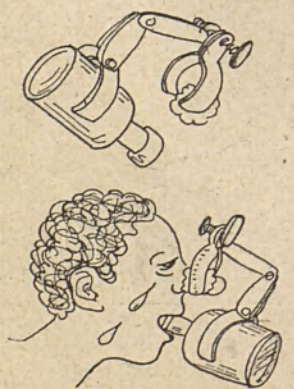


Figura 3.



Figura 4.

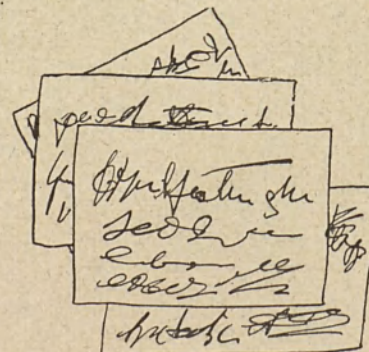


Figura 5.

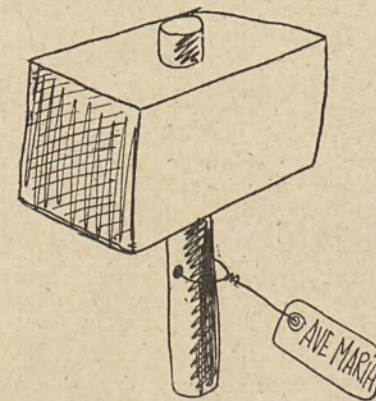


Figura 6.

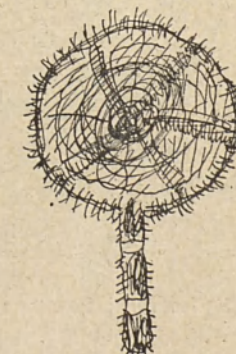


Figura 7.

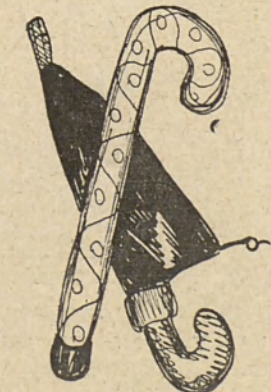


Figura 8.

El secreto de Renato

Renato Tordesillas era un jornalero del Ayuntamiento, del ramo de alcantarillado, de los más modestos.

Era uno de estos hombres que, con sus botas altas, de goma, su zamarra sobre una chaqueta gruesa, su bufanda al cuello, dando varias vueltas, y su gorra con orejeras, provisto de un farol y una escala de cuerda, se introducía, al comenzar la noche, por una boca de alcantarilla, y se pasaba hasta el día siguiente paseando por el subsuelo, vigilando, por lo que cobraba el modesto jornal de ocho pesetas.

Sin embargo, de la escasez de sus conocidos ingresos, pues aparte de este jornal, no se le conocían otros, vivía bien, alternaba en su esfera; podía tomar un café cuando se le an-

tojaba en compañía de su esposa; veía con ella una película, cuando la cinta lo merecía, fuera muda o sonora, y hasta cuando había un éxito teatral asistía, en dos delanteras, al espectáculo.

En el verano se sumergía en el Mediterráneo, visitando Alicante; en fin, que a todo el mundo le intrigaba con su vida muelle y nadie se explicaba cómo con treinta y dos reales podía hacer tantos milagros.

Yo, que me honraba con la amistad de aquel jornalero misterioso, llegué a ser su confidente y supe el motivo de su bienestar, aunque oficialmente sólo se le conociera aquel modesto sueldo.

Una noche, invitado por Renato, le

acompañé al servicio. Llegamos ante un registro de alcantarillado, le vi que con un gancho levantaba la tapa de hierro, se tiró al suelo, quedando asomado al redondel del registro, y, con las manos en forma de bocina, le oí decir, gritando:

—¡Paco!, ¡Pacooo!

En seguida, del fondo de la alcantarilla salió otra voz:

—¿Qué?—Y comenzó el diálogo:

—¿En qué calle estás?

—¡En Santa Isabel!—le oyó contestar a la misma voz.

—¿Está ahí Sotero?

—¡Debe estar en Antón Martín!—respondió la voz, de nuevo.

—¡Llámale!—ordenó Renato.

—¡Soteroooo!—le oyó allá dentro.

—¿Qué?—le volvió a oír, pero esta vez a una nueva voz, pero más lejos, dentro del alcantarillado.

—¡Dice Renato que si estás ahí!—preguntó Paco.

—¡Aquí estoy, al pie de Atocha!—le oyó otra vez en lo más profundo de la alcantarilla.

—¡Ahí están ya esos!—me dijo el pocero, y, despidiéndose hasta el día siguiente, se dejó escurrir por la escala de cuerda, que había tendido de antemano, hacia el fondo de la boca.

Al otro día, cuando nos vimos, me susurró al oído con misterio:

—¿Ha visto usted lo de anoche?

—¡Sí, lo he visto!

—¡Pues así llevo ya pa doce años!

—¿Con ese servicio?

—¡Con esa martingala!

—¿Cómo?

—¡Sotero, Paco y yo somos una misma persona!

—¿Qué dice usted?

—¡Chitsss!

—¡Pero si yo le he oído hablar y contestarle a Sotero y a Paco!

—¡Le digo a usted que los tres somos un mismo individuo!

—¿De compenetrados que están ustedes?

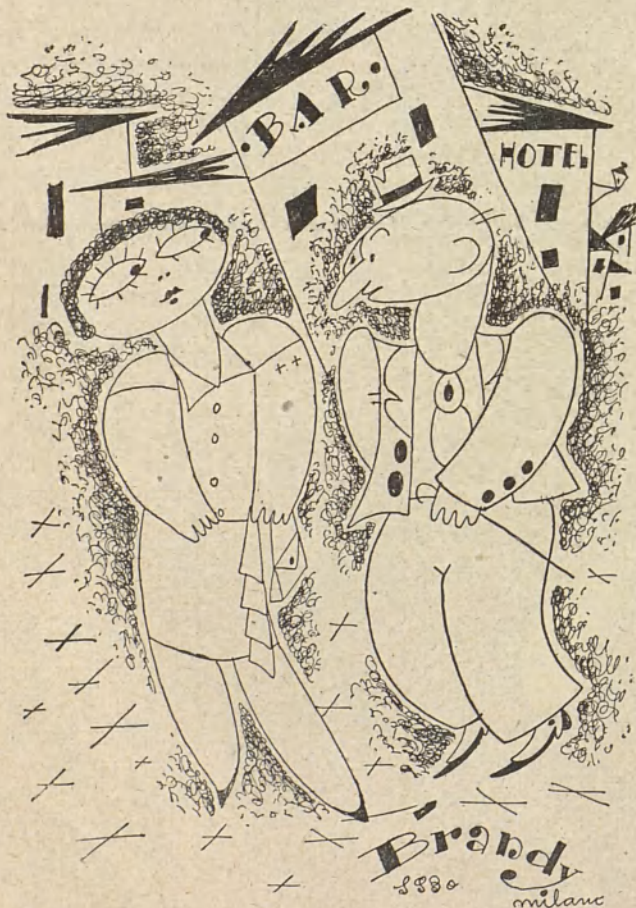
—¡Quí! Que yo solo hago creer, va pa doce años, que somos tres en el servicio y cobro por ellos su jornal, que, con el mío, me hacen casi cinco duros diarios y vivo como un príncipe.

—Pero, bueno, ¿y cómo puede usted hacer eso?

—¡Pues lo puedo hacer...; pero no se lo diga usted a nadie!

—¡Palabra!

—¡Porque soy ventrílocuo!



ELLA.—En mi familia todos somos muy románticos. Mi hermana murió de amor.

EL.—¿De amor?

ELLA.—Sí. La mató de un tiro su novio.

Dib. BRANDY.—Madrid.

ANTONIO PLAÑOL



—¿Qué? ¿Va usted a pescar?

—Sí, señor.

—Pues lleve usted esta latita de anchoas, no vaya usted a hacer el ridículo.

Dib. GASTON MAS.—París.

TRAGEDIAS VULGARES

EL TIMBRE DE ALARMA

Todos ustedes saben lo que es el miedo. Sí, no lo nieguen; no les dé vergüenza confesarlo. El miedo es lo que tanto nos hace reír en las comedias y novelas de risa. Es una sensación no refleja puesto que si la padecemos no nos dan ganas de reír; en cambio, si la presenciarnos, es un filón de carajada continua, y los maestros humoristas dirán que estoy dando en la tachuela.

Podría ocurrir que aún no se hubiesen ustedes dado perfecta cuenta de lo que es el miedo. Nada, nada; salgamos de dudas de una vez. Un ejemplo práctico y corriente nos iluminará en seguida; nada de recurrir al Diccionario, no; práctica, práctica. "Miedo es la especialísima sensación que sentimos cuando viajando en aeroplano a más de 2.000 metros de altura, nos caemos al espacio" Ahora creo que ya no les ofrecerá duda alguna.

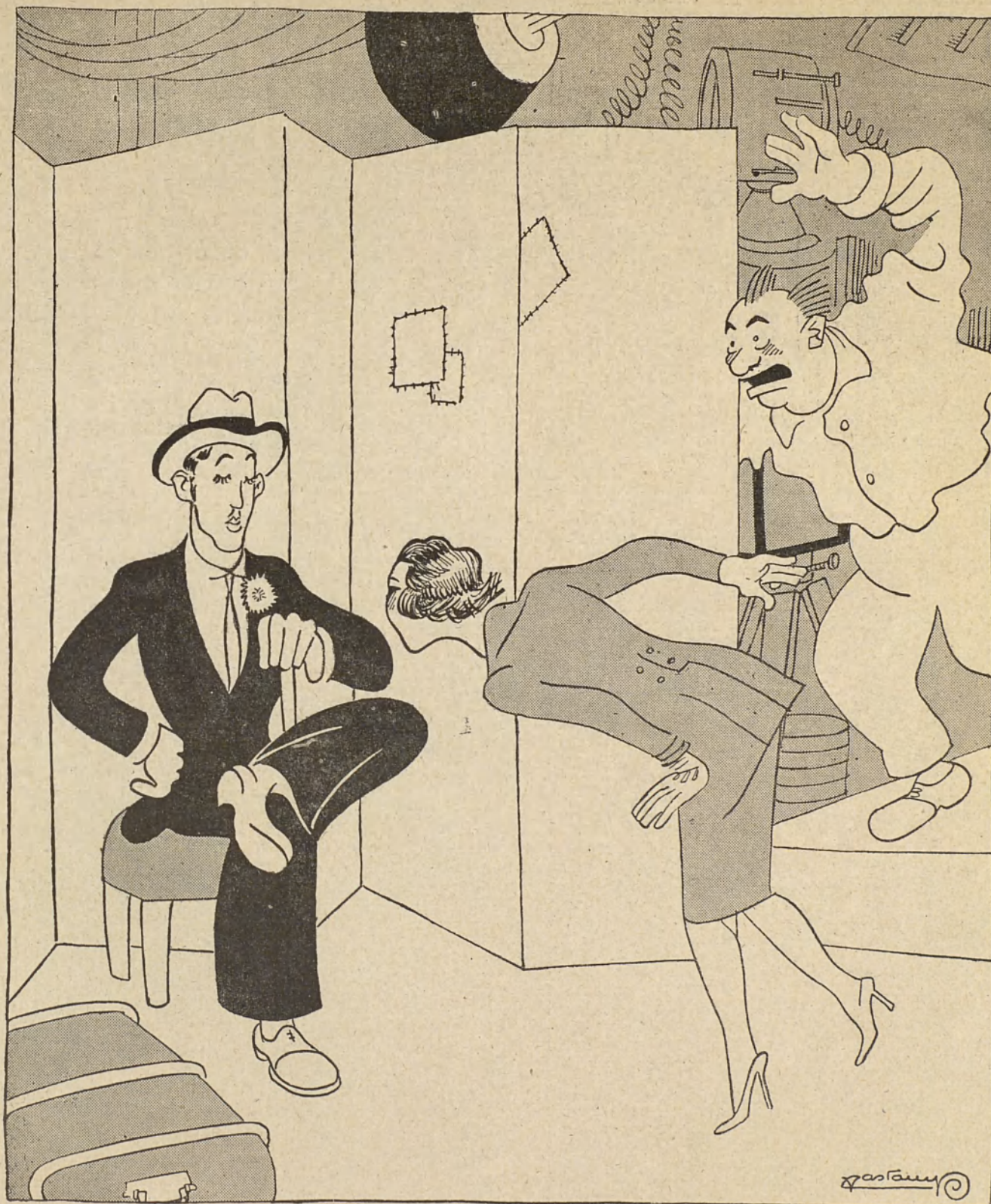
El miedo, en mayor o menor dosis, nos lo proporcionan al nacer. Otra cosa, que quizá tampoco supieran ustedes, debido a la manía de no querer viajar. Viajen, viajen; hoy día todo el mundo viaja y ve y aprende cosas interesantísimas; no es necesario para ello grandes capitales ni etapas larguísimas; no hay por qué ir de Sol a Cuatro Caminos en tranvía o de Madrid a Coruña en el mixto. Sin llegar a esas heroicas excentricidades se puede ver y aprender cosas raras y curiosas.

Por ejemplo. Sabido es que los hombres estamos fabricados como los automóviles, en serie. Del mismo modo que las casas Ford, Studebaker, De Dion Bouton (1) fabrican miles y miles de automóviles, así las casas Ramírez,

Sánchez, Arreburricotacochea, fabrican miles y miles de niños, si bien en un lapso de tiempo algo mayor que aquéllas. Del mismo modo también que los automóviles, van pasando por diferentes talleres en los que sucesivamente se les monta cada pieza, así el ser humano pasa por diferentes sitios en los que se le aplica la inteligencia, la memoria, el valor, la honradez, el miedo, la vergüenza, etc. De aquí suelen derivarse coincidencias verdaderamente paradójicas: toreros sin valor, artistas sin vergüenza, comerciantes sin honradez y sablistas sin memoria; pero estos casos, por ser anómalos, tienen la ventaja de ser los más frecuentes.

Ya sé que no les estoy diciendo nada nuevo; pero no obstante, estas cosas tan vulgares conviene repetirlas de vez en cuando, para no olvidarlas. Ocurre también que hay seres que traen dupli-

(1) Tome nota, señor administrador, para el recibo del reclamo.



EN EL ESTUDIO CINEMATOGRAFICO

—¡Golfo! ¡Granuja! ¡Mal hombre!

—¡Señorita, por Dios! ¡Cállese, que estamos filmando una película sonora!

Dib. CASTANY.—Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid



—No me convienen ni el “titi”, ni el mono gris, ni el blanco... Yo lo que quiero es un mono azul...

—¡¡Nos ha fastidiado!!... Haber dicho que quería un traje de mecánico, y terminaba antes...

Dib. CASERO.—Madrid.

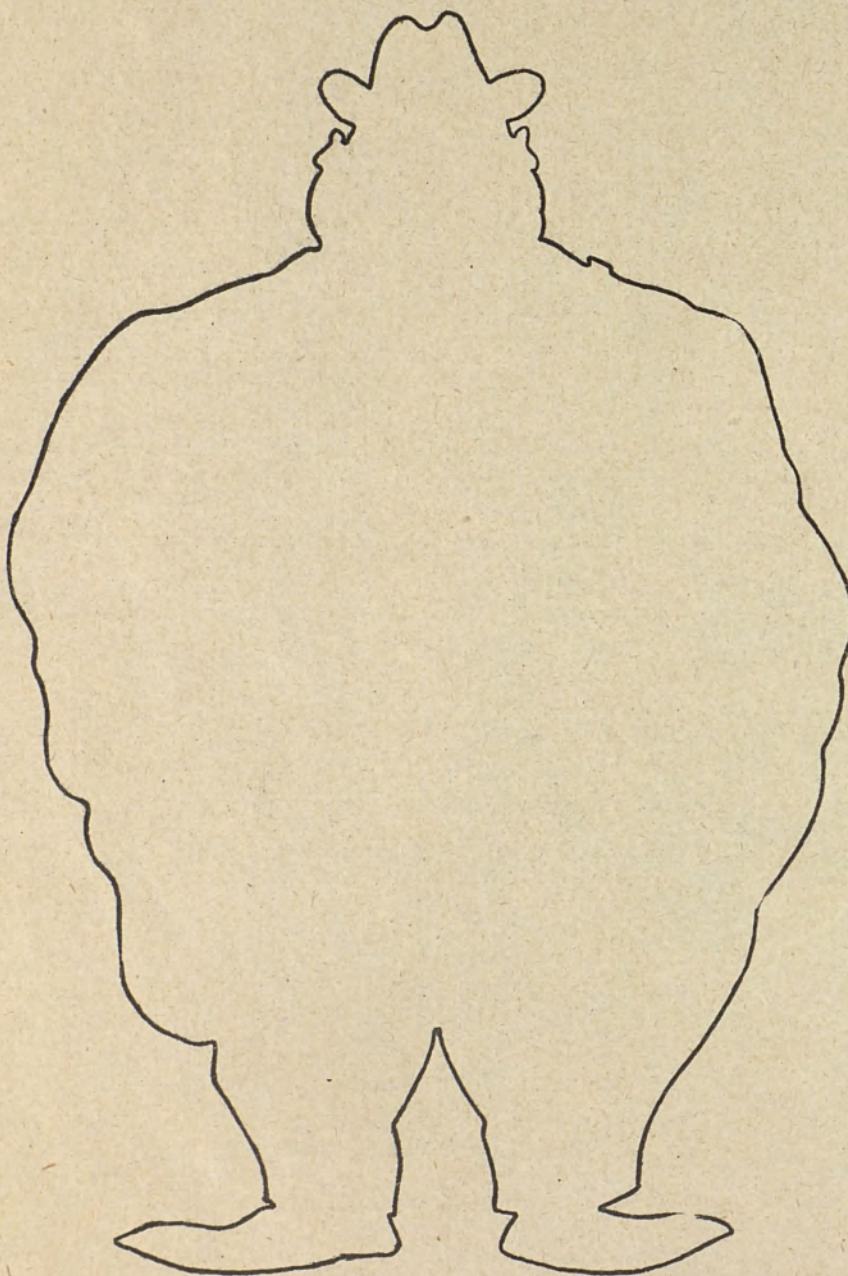
El coquito expansivo

De las dos mil lentejas chiquirritinas que el viernes engullía de primer plato mi vecino de enfrente, Ramón Salinas, hombre de vida honrada y afable trato, una quedó en el borde del plato duro y por su cascarilla chata y pequeña asomó las narices un bicho oscuro, que así dijo a mi amigo con faz risueña: —Yo soy Coquillo Pérez, el habitante de esta humilde lenteja que hoy han cocido, y por milagro salgo vivo y triunfante del profundo puchero donde he caído. Sois unos infelices los hombres todos. Yo, desde el ventanillo de mi lenteja, asombrado me entero de los mil modos como vais defendiendo vuestra pelleja. No os falta un mendrugillo para la boca, y marcháis por el mundo con la corriente; pero no os tengo envidia mucha ni poca, y eso que vivo pobre y estrechamente, pues con la casa a cuestras, sube que baja, yo habito un aposento pequeño y chato; ¡pero os llevo a los hombres tanta ventaja!... Yo no pago el impuesto de inquilinato, ni leo en los papeles cómo ha podido más de un ilustre prócer “de copa alta” pasarse tanto tiempo (¡qué distraído!) sin notar que hay deberes a los que falta; ni veo que atropellan frecuentemente los “autos” a las viejas y a los pequeños, y hay días que no logran tener “corriente”, ni en fuentes ni en tranvías, los madrileños; ni leo lo que escriben ciertos chavales respecto de un poeta que nadie entiende, y al cual homenajean cuatro *vivales* por haber hecho un libro que no se vende; ni veo tantas calles como hay a oscuras ni tantas avenidas mal empedradas, ni, en tantas travesías, las travesuras de niñas generosas y embadurnadas.— No habló más el negrucho coquillo fino, y dejando su casa plana y sencilla, hizo dos reverencias a mi vecino y echó a correr en busca de su coquilla. Y mi amigo, asombrado sobremanera de lo que dijo el bicho desde su plato, la vigilia halló grata, por vez primera, y no tomó aquel día bicarbonato.

JUAN PEREZ ZUNIGA

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de abril



Consecuentes en... ¿Consecuentes en? Bueno, sí; consecuentes en. Decíamos que consecuentes en nuestra idea de ofrecerles a los lectores un gran concurso mensual, publicamos a continuación las bases del correspondiente al mes de abril, que corre que se las pela.

Oído, que va bola.

Ahí tienen ustedes la adjunta silueta de un caballero gordo y rentista que ha dibujado el pesado de Sama, en uno de sus momentos de "spleen".

En nuestra casa, que no es la de ustedes, puesto que es la nuestra, guardamos bajo sobre otro dibujo exacto al presente, sólo que concluido; es decir: con todo lo que cae dentro de la silueta, convenientemente dibujado.

Ahora se trata de que nuestros lectores adivinen y dibujen—de la mejor manera que sepan—eso que cae dentro de la silueta: la americana, el chaleco, la corbata, la cara, etc., del tío gordo en cuestión.

Base 1.ª Las soluciones han de venir bajo sobre, acompañadas del nombre y apellidos del remitente, población donde vive, y, si quieren, partido político que más les gusta. (Hay que definirse.)

Base 2.ª El plazo de admisión expira (o estira la pata) el día 30 de abril, a la hora de cerrar los portales.

Base 3.ª Al que acierte, se le sacudirán 50 pesetas de esas que ya no se fabrican.

Base 4.ª y última. El solucionista que acierte que pendiente de la leontina, el señor gordo lleva una calavera, recibirá la felicitación calurosa y cordial de nuestro director.

¡Ah! Repetimos que hay que definirse.

LA REDACCION

CUENTOS JUDIOS

El agente de seguros Bloch habla con el señor Blum.

—Vamos Blum; te digo que no lo entiendo. Por una cantidad insignificante al año, quedas asegurado contra accidentes.

—No, te digo que no, pero...

—Escúchame bien. Suponte que te rompes una pierna: cobras tres mil francos. Suponte que un brazo: cobras cinco mil francos. Y si tienes la suerte de romperte los brazos y las piernas, ¡vamos, es que te haces rico, Blum!

Un día que Rosenberg llega con retraso a la oficina, su jefe le dice:

—Llega usted con mucho retraso, señor Rosenberg. ¿Qué le ha pasado?

—Perdóneme usted; pero es que mi mujer ha tenido un parto muy laborioso.

Algunos días más tarde, el señor Rosenberg no aparece por la oficina. Al día siguiente, el jefe le pregunta:

—¿Qué le sucedió ayer, Rosenberg?

—Perdóneme usted; pero es que mi mujer ha tenido otro parto difícil.

—Oiga, oiga: ¡a mí no me toma usted el pelo! Hace ya cuatro días que me dijo lo mismo.

—Caro que sí, señor.

—Entonces, ¿es que se burla usted de mí?

—No, señor. Es que mi mujer es profesora en partos.

Mayer tiene un pleito con Blum, y sugiere a su abogado la conveniencia de enviar un regalo al presidente del tribunal.

—¡No haga usted tal cosa, desgraciado! No sólo perdería usted el pleito, sino que, además, el presidente le metería en un lío.

Un mes más tarde, Mayer gana el pleito. Su abogado está orgulloso de su elocuencia y se atribuye todo el mérito del triunfo.

—¿Lo ve usted, señor Mayer? ¿Qué tenía yo razón o no al disuadirle de que enviase un regalo al presidente?

—Pero ¡si se lo he enviado!

—¡Cómo! ¿Que se lo ha mandado usted?

—Sí; pero ¡con una tarjeta de Blum!

Yankelé va en busca de su amigo Schemón, al cual pide prestados cien rublos por un mes. El otro se aviene al préstamo, pero exige un interés del 9 por 100.

—¿El 9 por 100? ¡Qué barbaridad, Schemón!

—Lo que oyes. El 9 por 100 de interés, o no te presto ese dinero.

—Ten en cuenta que en todas partes piden el 6 por 100, y, además, que soy tu mejor amigo.

—Los negocios son los negocios.

—Dios te castigará.

—¡Valiente bobad! ¿No comprendes que Dios, que nos ve desde lo alto, tomará mi 9 por un 6?

Durante el entierro del viejo y rico Wormer, un mendigo daba tales muestras de dolor, que todos los presentes se sentían conmovidos. El rabino se acerca a él y le dice:

—Haces bien en llorar a Wormer, Isaac. Pero cálmate. ¿De qué sirve llorar? Después de todo, tú no perteneces a su familia.

—¡Por eso lloro así, señor rabino!

—Sí, Salomón; hay que aceptar ese casamiento. Te aseguro que Rebeca Hirschfeld es bellísima. Es la mujer que necesitas.

—Bueno, bueno... Pero ¿cuánto tiene?

—¿Cómo?

—¿Cuál es su dote?

—Cincuenta mil francos, si su padre no se declara en quiebra.

—¿Cómo que si no se declara en quiebra?

—¡Ah, qué poco perspicaz eres! Es que, si se declara en quiebra, la dote será de cien mil francos.

Levy busca manera de deshacerse de un saldo de cuarenta y nueve trajes. Para ello pide consejo a su amigo Hirsch.

—Es muy sencillo—le dice Hirsch—. ¿No tienes siete amigos?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Vamos a ver: dime sus nombres.

—Kahn, Samuel, Blum, Moch, Weil, Levy, Mayer.

—Perfectamente. Mándales siete trajes a cada uno, y escríbeles que no les cargues en cuenta más que seis, a condición de que se queden con todos ellos.

—Excelente idea, Hirsch!

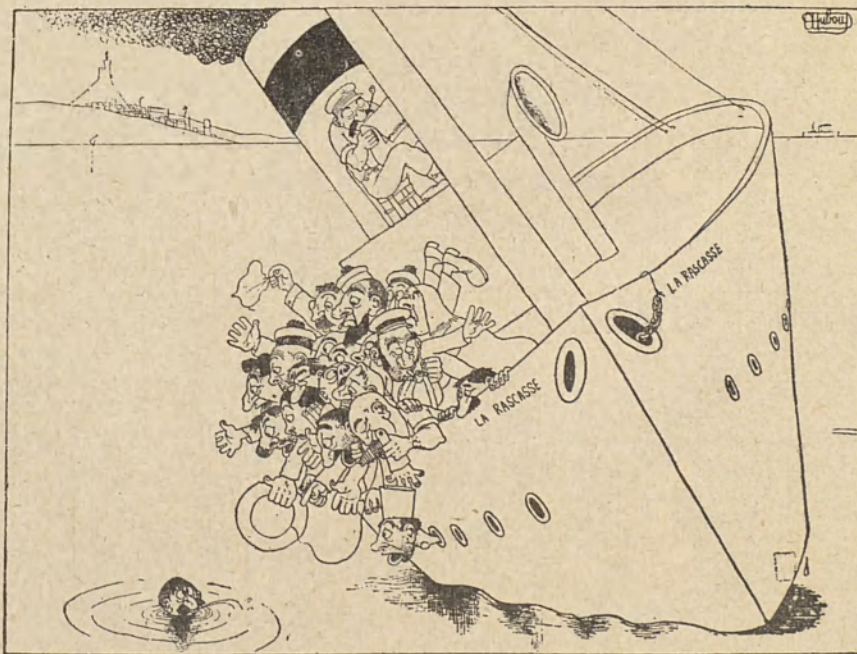
Levy y pone en práctica el consejo de su amigo. Pocos días más tarde recibe la visita de Hirsch.

—¡Hola, Levy! ¿Y tus trajes?

—¡Ah, puedes enorgullecerte de ser un buen consejero!

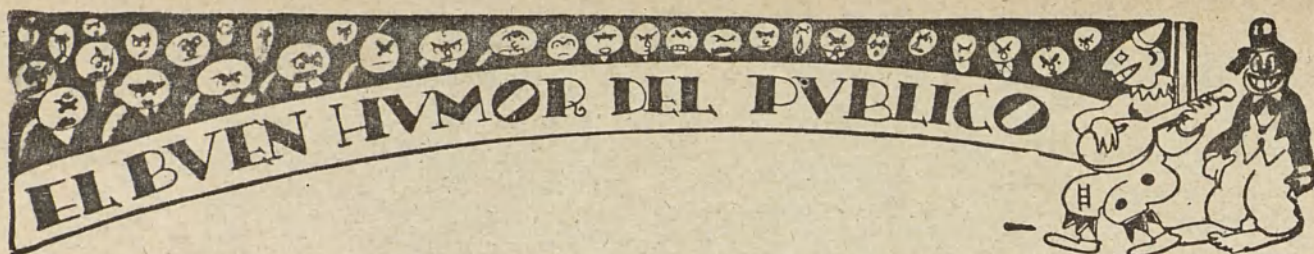
—Pues ¿qué ocurre?

—Que cada uno de mis amigos me ha devuelto seis trajes y se ha quedado con la factura.



¡¡No te suicides, María; no seas tonta, que hoy tenemos paella!!

(De Le Rire.)



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente supón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

Entre amigos:

—He estado enfermo del pecho. ¿Y sabes cómo me curé? Pasando seis meses en una cuadra entre animales.

—Lo comprendo. Para esas enfermedades nada mejor que la vida de familia.

Arsenio Vinagre.
(Madrid).

Sorprendieron a un individuo en el acto de procurar sacar por entre una reja un carnero, y al preguntarle qué era lo que hacía, contestó muy sereno:

—Nada, caballeros, estoy viendo si topa...

Ale (Barcelona).

Entre suegra y yerno:

Ella.—Me voy a pasar las horas mirando la carita de mi primer nietecito.

El.—Lo creo, señora.

Casa de las Pantallas

La de gusto más exquisito

Modelos desde 2,50 pesetas

ROMERO — Fuencarral, 63

Ella.—Y dime, Valentiniano, ¿cómo le vamos a poner?

El.—¿Que cómo le vamos a poner? Boca abajo, para que no se asuste.

Esteban Granullaque
(Toledo).

Un sastre se encuentra a un individuo, el cual le adeudaba el importe de un traje desde hacía tiempo.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

Un espectador inglés ante un cuadro cubista:

—Al principio creí que el pintor estaba loco; pero ahora veo por la tablilla "Venlido" que el que está loco es el comprador.

Atarfe (Reus).

LA HORRA

Presenta las últimas reacciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y
MONIERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 pts.

—¡Es usted un sinvergüenza, un canalla, un miserable, un tramposo!—gritaba enfurecido el sastre, mientras el deudor le oía sin darle importancia.

—¡Un granuja, que hace seis meses que no me paga! ¡Ladrón, estafador!

A tales gritos, se arma un gentío enorme. El tramposo, con una tranquilidad pasmosa, dice:

—¿Sí? ¡Caramba! ¿Y usted, entonces, qué le dijo?

Antonio Chiclana (Sevilla).

Para ser rentista:

"Quien quiera ser fácilmente "rentista", escríbame acto continuo y envíeme una peseta para la contestación".

Tal era el "anuncio" que un ingenioso "fresco" publicaba con frecuencia en los periódicos y que le reportaba cuantiosos beneficios.

A cada uno de los infinitos ambiciosos que escribían al anunciante, éste limitábase a contestar:

"Haga usted como yo."

Licenciado San Román.

En un examen:

—¿Qué es un bosque virgen?

—Un bosque en el que la mano del hombre no ha puesto jamás el pie.

Tercos (Palencia).

—¿En que se parece una pulga a un elefante?

—En que ninguno de los dos saben hablar el vascuence.

El matarife.

Una señora, a su criada:

—Vete a la carnicería y mira si el carnicero tiene pies de cerdo.

La criada vuelve poco después.

—Señorita, no he podido verlo. El carnicero llevaba las botas puestas.

El mismo.

SIEMPRE PRESA

Sostenes — Fajas — Corsés

Fuencarral, 72. — Tel. 51135

Buen olfato:

—Madre, no me pegue usted, pero he sido yo el que se ha comido el plato de judías que había en el vasar.

—¿Que te has comido las judías? ¡Sinvergüenza! ¡Si me lo estaba yo oliendo!

El carbonero (Madrid).

Después del incendio:

—¿Y se le quemaron todos los muebles?

—Verá usted: todos no, porque el día antes estuve un poco malo y guardé cama.

José Ruiz Flores (Madrid).

Entre vecinas:

La vecina.—¡Pero cuánto se parece a su padre este niño de usted! No puede negarlo. Tiene toda la cara de su pa-

dre, la nariz de su padre, los ojos de su padre...

El niño.—La gorra también es de mi padre.

El carbonero (Madrid).

En una sastrería de portal:

—¿Quiere decirme cuánto me va a llevar por volverme esta cazadora?

—¡Hombre, por Dios, si está casi nueva!

—Ya lo sé; pero he oído decir que cuando cambia el Gobierno siempre es bueno volverse la chaqueta.

Esteban Granullaque (Toledo).

—¿Y qué haces por Madrid?

—Me paso todo el día escribiendo.

—¿En los periódicos?

—¡Cá! A mi padre, pidiéndole dinero.

Er Potito (Barcelona).

En una fonda:

—Señor fondista, estas sábanas están negras como el carbón.

—Pero, caballero, esto, de noche, no se ve.

Licenciado San Román.

En un hotel de gran lujo:

—Caballero—dice el mozo a un parroquiano despreocupado—, aquí no se puede comer en mangas de camisa.

—Pues dígale a esa señora que se vista, porque va más desnuda que yo.

Vicente Torres Julián (Madrid).

—¿Dónde vas tan corriendo, Pérez?

—A mi casa; le he comprado un sombrero a mi mujer y temo que si tardo ya se haya pasado de moda.

Cinada (Bóo).

En el cabaret:

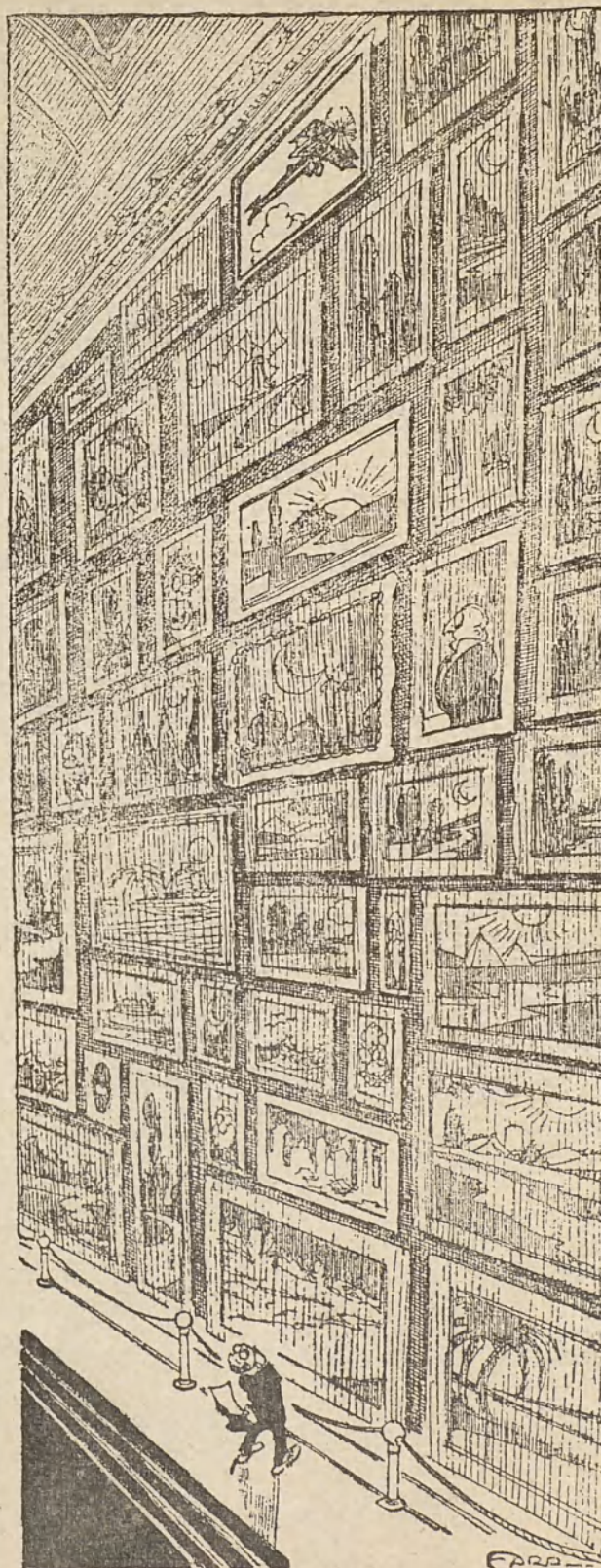
Varias tanguistas están reunidas en un palco esperando la hora del "desplumen".

Una de ellas, analfabeta por cierto, coge una revista y, al abrirla, del revés, aparece un "auto" con las ruedas en alto; visto lo cual, se dirige a otra, diciéndola:

—Toma, Fifi; léeme ese vuelco de automóvil.

Antonio Romero (Sevilla).

Se hallaba una noche, al frente del enemigo, una avanzada de soldados en observación, cuando de pronto uno de ellos, que era andaluz, princi-



EL ARTISTA (al ver su cuadro junto al techo).—Me está bien empleado, por pintar aeroplanos.

(De Le Life.)

pió a pedir auxilio, diciendo a grandes voces:

—¡Aquí, mi capitán, que tengo un prisionero!...

—Pues tráelo pronto, y que no se escape—contestó el capitán.

Y el andaluz replicó:

—¡Si es que no me quiere soltar!...

Ale (Barcelona).

En un mitin feminista:

“Desengañaos: los ricos desprecian a todo el que no es de su clase... A mí, cuando era señora de compañía, me llamaban como si fuera un gato: mis... mis... mis...”

E. R.

Cuestión gramatical:

—Mira, Teofilito, fíjate bien. Los derivados diminutivos se forman terminando en ito, ita, ico, ica, ino, ina, y envuelven cierta idea de cariño, como carrito, capita, monino.

—Ya, ya lo entiendo, don José.

—Entonces, vamos a ver. ¿Cómo formarás el diminutivo de tu hermano Juan, que ya es un pollo?

—¡Pues... pollino!

Esteban Granullaque (Toledo).

—Papá, yo creo que tú te pareces a un elefante.

—¡Niño, a ver si te doy un trompazo!

—¿Ves cómo te pareces a un elefante?

Tercos (Palencia).

En la lechería:

—Dice mi mamá que qué le pasa a la leche, que no sube.

—¿Que no sube? Pues dile a tu mamá que mañana sube diez céntimos en el litro.

Manuel Manzano Fernández (Cádiz).

—¿En qué se parece la cabeza de un pedante a un puchero hirviendo?

—En que tiene humos.

M. D. (Barcelona).

CUPON

correspondiente al núm. 437 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



P. T. Q. (Getafe).

"Los desdenes de Felisa" nos han dado mucha risa, y su "Carta a Filomena" nos ha dado mucha pena.

¡Pero, hombre de Dios... o de quien sea usted!... ¿Por qué la toma usted con las mujeres, que las pobrecitas no le habrán hecho nada malo?

Y seguramente nada bueno tampoco, porque es usted un pelmazo.

Justiniano Blanco Merengue (Puerto de Santa María).—No sirve.

J. R. L. (Madrid).—No está mal versificado (salvo el descuido imperdonable de creer que "amigo" es consonante de "ambiguo"), pero el tema tiene menos importancia que la que actualmente disfruta el señor García Prieto en el mundo político.

Para camisas a la medida

Madrid-Viena

M. PEÑA

Montera, 41.—Tel. 16662

N. G. S. (Barcelona). — No puede ser, a pesar del buenísimo deseo que hemos puesto en la tramitación del asunto.

Calvorota (Burgos).
Es inmensamente idiota el cuento de Calvorota.

Petrarquilla (Madrid).
Eso de "El crimen de ayer" no nos llega a convencer.

S. C. A. (Granada).
Su cuento "Inés tiene un [bulto]" merece un brutal insulto.

Lolita (Valencia).
Hermosísima Lolita:
su crónica es muy tontita.

Orestes (Barcelona).
He leído, buen Orestes,
tu artículo "La trastienda",

y he comenzado a echar pestes de una manera tremenda.

Excuso decirte que no hay manera de que haya arreglo. De modo que vete a la porra para toda la vida.

Aterradora a la par que monstruosa lista de ilustres caballeros literatos, cuyas formidables prosas y emocionantes poesías no han conseguido alcanzar nuestra benévola aprobación. — Figuran en ella las siguientes y discutibles obras de arte: "El padre Catalino" (por M. P. L., de Madrid); "¡Va de cuento!" (por J. A., de Algeciras); "Progresos" (por J. G., de Madrid); "¿Será mentira?" (por F. E., de Buenos Aires); "El bar de los azotes" (por A. A. y M.,

de Madrid); "Las andanzas de Ricarda", "Barrio chino" y "Sus manos" (por J. E. F., de Barcelona); "Los peluqueros" (por E. S., de Madrid); "¿Cuál es el sexo fuerte?" (por El caimán Carlos, de Burgos); "Los reyes magos" (por Uno de la calle, de Valencia); "Los nuevos discípulos de Sherlock-Holmes" (por Blondél, de Madrid); "El billar" (por Carlitos, de Dos-Ríos); "La carrera de guardia" (por Cuesta Loyd, de Zaragoza); "Diálogos madrileños" (por Jerónimo Ruiz, de Madrid); "Tom y los bandidos", "Invento sensacional" y "Mi novia" (por So-Da, de Valencia); "Para no pagar al casero" (por A. M., de Madrid); "¡Un vivo!" (por E. G., de Toledo); "R. I. P.

(que descanse en paz) el muerto" (por J. C. M., de San Sebastián); "Suerte que tiene uno", "No pega ni con cola" y "Una enciclopedia" (por K. Cique, de Vitoria); "Gran Vida" (por W. X., de Madrid); "Diálogo macabro" (por M. T., de Melilla); "El borracho", "El vampiro de los niños" y "Aquella venganza" (por Biito, de Sevilla); y, finalmente, "2 del florido" (por E. R. B., de población que no hemos llegado a averiguar).

L. S. P. (Madrid).—Su trabajo en redondillas es más tonto que uno que no haya sido listo en su vida.

M. P. S. (Cuenca).—¿Con que "A ella", eh?... ¡Pues a ella con ello, que nosotros no tenemos nada que ver (ni que tocar) en este asunto!...

C. D. N. (Navalcarnero).
¿Por qué llama usted soneto a ese inmundo mamotreto?

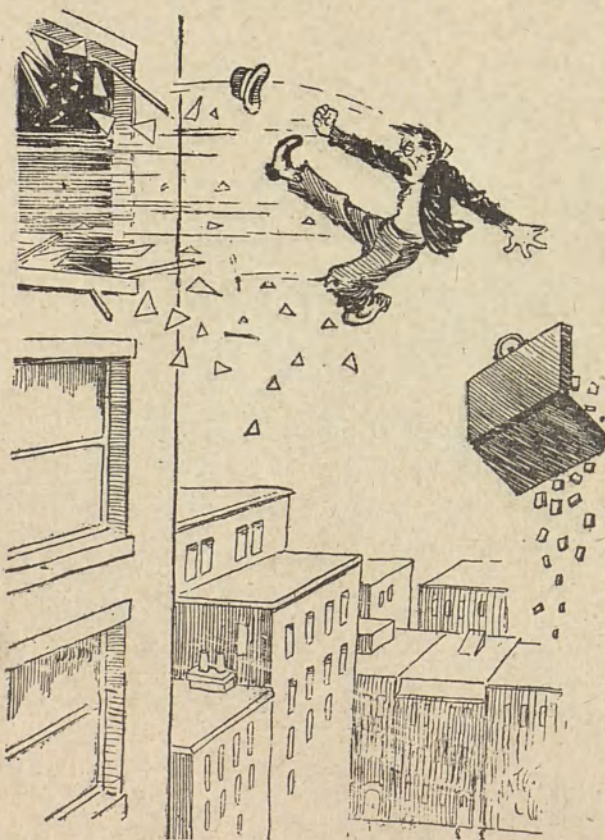
César (Zaragoza).—Querido César: eres un solemnisimo y majestuoso animal, y no te ofendas. ¡Al César, lo que es del César!...

T. M. C. (Bilbao).—Esa prosa es más sosa que el bicarbonato de la misma cosa.

Recajo (Córdoba).
Por arriba y por abajo, querido amigo Recajo, es pésimo tu dibujo, aunque el papel es de lujo y muy majo.
¡Qué lástima de trabajo!

E. L. P. (Madrid).—Su artículo "Al rey del mundo" no sirve... No sirve al rey ni nos sirve a nosotros.

R. J. V. (Barcelona).
Escriba "usté" en castellano y no sea tan marrano.
Son dos cosas que no creemos que envuelvan una dificultad tan insuperable como para no tener el épico heroísmo de intentarlas por lo menos.



EL PERFECTO COMISIONISTA.—¡Está bien! ¡Usted puede arrojarme de su casa; pero yo volveré!

(De Candide.)

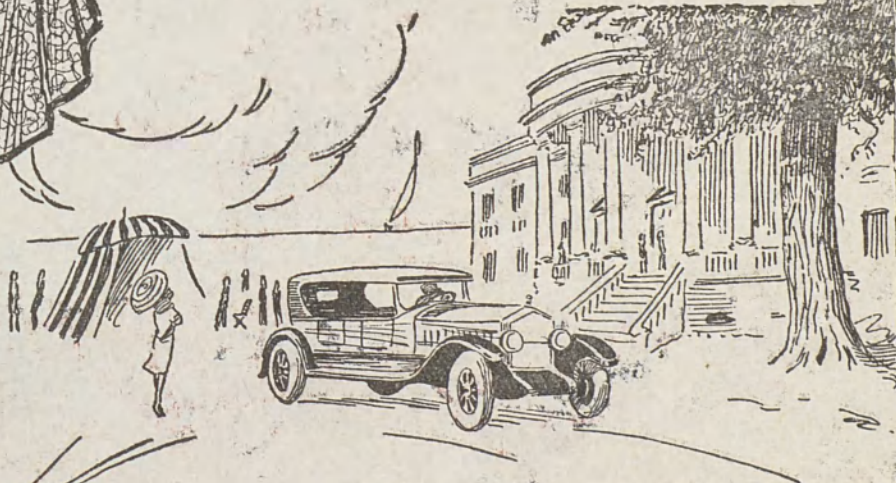


CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTemperie

Pedid folletos explicativos



DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



EL OCULISTA.—Creo que tiene usted cataratas; le voy a poner unas gotitas de este líquido para cerciorarme.

EL ENFERMO.—¡Ay, doctorcito! Y eso, ¿no me perjudicará?

EL OCULISTA.—No, señor. ¿Por qué? ¿Qué más les da a unas cataratas gota más, gota menos?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Madrid.